

Javier Sierra



www.javiersierra.com



ARDUINO VANNUCCHI

El año RIBERA

Respondió rápido a la primera carta que le envié en 1985, recomendando a su jovencito interlocutor de 14 años que estudiara idiomas si quería ser un escritor bien formado.

2020 debería ser «el año Ribera» para los amantes del misterio. El próximo 15 de enero se cumplirá un siglo del nacimiento, en la plaza Lesseps de Barcelona, del mayor humanista con el que ha contado la ocultura ibérica contemporánea. Antonio Ribera (1920-2001) parecía predestinado a ello. Hijo del lusófilo más influyente de su tiempo, Ignasi Ribera Rovira, por su casa vio pasar a los principales intelectuales catalanes de la época e incluso recogió del buzón las cartas que su padre recibía de Miguel de Unamuno.

Antonio —él mismo me lo repitió una y otra vez— tuvo la «suerte» de nacer en una época en la que todo estaba por hacer. A los diez años, después de zamparse el ejemplar de *Los hermanos Karamazov* que su madre guardaba en la biblioteca familiar, descubrió los primeros libros de ciencia ficción. Y con el impulso a prueba de frustradores de una personalidad inquieta y utópica, escribió su primer libro: *Un viatge al planeta Mart*. Lo redactó en catalán, de un tirón, y en él imaginó su primer salto fuera del planeta acompañado por dos amigos del barrio. En 1934, con la adolescencia recién estrenada, inauguró su primera colección recortes de periódicos sobre el espacio y los monstruos marinos, sospechando quizá que su vida ya no se separaría de ellos.

Tengo la impresión de que las nuevas generaciones de lectores solo han oído hablar de refilón de la obra que salió de aquellas inquietudes. Por eso es de justicia dedicarle este recuerdo.

Antonio Ribera fue autor de casi setenta obras literarias, poéticas, teatrales y de ensayo, dedicando un buen número de ellas (25) al misterio de los OVNIs. Fue incluso el traductor de 2001

de Arthur C. Clarke. En 1958, unos meses después de que los soviéticos pusieran en órbita el primer satélite artificial de la Historia inaugurando la «carrera espacial», Ribera fundó el Centro de Estudios Interplanetarios (CEI). Fue la primera asociación que se consagró a la investigación de los No Identificados en España. Tres años más tarde llevó a imprenta su primera obra sobre el tema, en la que mostraba una envidiable cultura y perspectiva sobre la cuestión. Aquel *Objetos desconocidos en el cielo* (1961) llegó cuajado de todas las características que repetiría en sus libros posteriores: un dominio de las fuentes internacionales único, logrado gracias a los seis idiomas que hablaba; un discurso ameno sembrado de citas de autores clásicos que elevaban el tono a un asunto considerado por muchos intelectuales de la época como algo «populachero», y un uso —a veces, un abuso— de términos anglosajones y francófonos en cursiva, como sus célebres *last but not least*, *avant-la-lettre* o *wishful thinking*.

Pero el Ribera que fue alumno de historiadores de gran prestigio como Jaume Vicens-Vives o incluso de la traductora de Berthold Brecht, Carme Serrallonga, evitó aislarse en la torre de marfil en la que se distrajeron muchos escritores de su quinta. Tenía un exquisito sentido del humor y adoraba compartirlo con sus lectores más jóvenes. Veía en ellos la chispa que le llevó a aquel *viatge a Mart* y a la esencia del *Homo Curiosus*; así llamaba a nuestra especie, en detrimento del pretencioso *Homo Sapiens* que nos hemos dado. Quizá por eso respondió tan rápido a la primera carta que le envié en el otoño de 1985, recomendando a su jovencito interlocutor de 14 años que estudiara idiomas si quería ser un escritor bien formado. Su generoso consejo —ahora lo veo claro— se adelantó a la era de la globalización y marcó mi vida. Pero también las de otros que bebieron antes de él, como J. J. Benítez o Enrique de Vicente. De la noche a la mañana se convirtió, casi sobra decirlo, en un abuelo para mí.

Pero Antonio Ribera —el primer español que organizó una expedición científica a la isla de Pascua, merecedor de la *Creu de Sant Jordi* de la Generalitat de Cataluña a sus valores culturales— fue mucho más que un precursor. Fue un impulsor. Su trabajo al frente de la revista *Horizonte* (una remota antecesora de estas páginas), su hito al convertirse en el primer español en hablar de OVNIs ante la Cámara de los Lores en 1979, su extensa obra literaria y periodística, e incluso su «pecado» de creer a pies juntillas en el *affaire Ummo*, inspiró a tres generaciones completas de curiosólogos. Ojalá su recuerdo —a un siglo exacto de su nacimiento— llegue ahora a una cuarta. Bastaría con leerlo. O releerlo. El «año Ribera» es la mejor excusa para ello.

